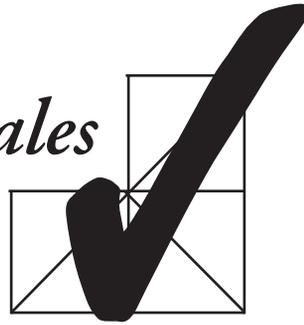
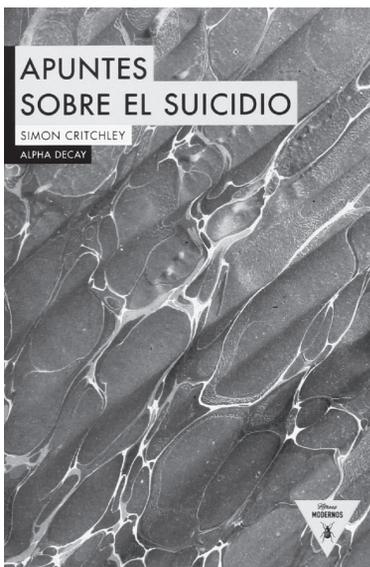


Lecturas y señales



Apuntes sobre el suicidio

Daniel Matusevich



Autor: Simon Critchley
Alpha Decay, 2015

Los apuntes sobre suicidio que comentamos hoy califican entre los mejores libros escritos sobre el tema, incluyendo al Mito de Sísifo (Camus), al Suicidio (Durkheim), a Sobre el Suicidio (Hume), a Murakami, Leve y otros. Esta afirmación se sostiene en varios de los elementos que caracterizan la obra, sobre todo su implacable lógica interna y el intercambio permanente con los clásicos del tema; su autor es Simon Critchley, filósofo que dirige una cátedra en la *New School of Social Research*.

En la página 19 realiza una confesión/comentario que nos obliga a leer y a considerar el texto bajo otra luz: “...para mí la cuestión del suicidio no es ni por asomo un tema para especialistas universitarios. Por razones en las que será mejor no entrar, mi vida se ha disuelto durante este último año como un azucarillo en una taza de té caliente. Por primera vez en mi vida, me he visto de verdad luchando contra pensamientos suicidas, ‘ideaciones suicidas’, que es el nombre que se le suele dar sin que parezca de mucha ayuda”.

Repasando estas líneas y las que siguen conjeturamos la hipótesis que *Apuntes sobre el suicidio* sea no solamente un ejercicio teórico sobre la muerte autoinfligida sino también un ejercicio terapéutico que muy posiblemente haya salvado a Critchley de suicidarse (al menos hasta ahora): “...escribir es ausentarse de la vida, un abandono provisional del mundo y de nuestras nimias tribulaciones para intentar ver las cosas con mayor claridad. Escribiendo, uno da un paso atrás y al lado respecto de la vida para verla con mayor desapego, tanto de manera más distante como más próxima. Con una mirada más firme. Escribir te permite dar las cosas por zanjadas: los fantasmas, las obsesiones, los remordimientos y los recuerdos que nos despellejan vivos”.

Está dividido en dos partes, el ensayo propiamente dicho y Sobre el suicidio (otro ensayo) de David Hume como epílogo; esta decisión editorial es muy adecuada ya que permite que ambos textos discutan y puedan ser comparados por el lector interesado. La vigencia de la obra del filósofo inglés es sorprendente teniendo en

cuenta que fue escrito en el año 1777: sus observaciones, los temas escogidos y la fina ironía de su prosa siguen siendo un deleite (“Pero la vida humana no reviste mayor importancia para el universo que la de una ostra”).

Creemos que la obra de Critchley puede ser leída como una continuación (un título incluye al otro) del texto de Hume debido a que varios de sus temas son retomados y amplificados; en las dos es central la oposición dialéctica que se establece entre libertad y religión, de hecho, uno de los objetivos explícitos de Hume es “devolver a los hombres su libertad innata, examinando a tal efecto todos los argumentos habituales contra el suicidio y mostrando que dicho acto puede quedar exento de toda imputación de culpa o reproche según los pareceres de todos los filósofos antiguos”.

Por otro lado, comparten el método de análisis, la reflexión filosófica como clave para desentrañar al que quizás sea el fenómeno más misterioso de la existencia humana: “Una notable ventaja que debemos a la filosofía consiste en el soberano antídoto que nos ofrece contra las supersticiones y la falsa religión”. En este tema (como en tantos otros), lo primero es la filosofía y luego, sí, la sensibilidad de cada lector determinará el camino a seguir: los senderos antropológicos, la avenida de la biología, la ruta narrativa o la vía del psicoanálisis son todas cartografías válidas a la hora del análisis de un fenómeno multisignificado.

Siguiendo la estela de Hume, al comienzo de su libro, Critchley desarticula todas las lecturas y falacias religiosas en referencia al suicidio: “...un autentico cristiano ha de luchar contra el dolor y seguir combatiendo como un soldado”, “...la legitimidad del recurso al suicidio, a saber, el conocimiento previo de que no existe reproche legal o deshonra moral que me obligue a sufrir un dolor interminable, es la clave de cualquier oportunidad de felicidad”, “Queda claro que la prohibición cristiana del suicidio sigue dando forma a nuestro pensamiento moral, a menudo sutilmente, sin que nos percatemos de ello. Si el suicidio es un acto libre, realizado por alguien ‘en su sano juicio’, entonces constituye un delito contra Dios, el soberano y el país; si se decreta que el suicidio se ha producido con las facultades mentales mermadas o algún trastorno mental como la depresión grave, entonces la idea de libertad desaparece de escena”.

Es quizás este último párrafo el de mayor relevancia para el clínico o la clínica, debido a que en el momento de las decisiones siempre es adecuado tener lo más claro posible el trasfondo sociocultural de las mismas, debido a que es imposible abstraerse del clima de época en el que nos relacionamos con las personas que nos consultan, mas allá de que algunas teorías psicoterapéuticas omnipotentes hagan alarde de encuentros sin memoria y sin

deseo entre el que sufre y aquel responsable de ayudarlo.

Las partes dedicadas a la racionalidad de la decisión suicida y a las notas son detalladas y muy bien documentadas, con ecos de Shneidmann y de Etkind, que son quienes más se ocuparon del tema en los clásicos *The suicide mind* y *Or no to be: a collection of suicide notes*; las páginas dedicadas a la cuestión son muchas para un ensayo de apenas 89 páginas, lo que nos da una pauta del interés del autor por un tema apasionante, al punto de que en el año 2013 organizó un taller de escritura creativa dedicado a las notas de suicidio.

Las referencias a escritores suicidados son múltiples, por una cuestión de gustos personales nos quedamos con las citas al autor de *La broma infinita* y del mejor ensayo sobre Roger Federer que se haya escrito (y que quizás se vaya a escribir): “...es esta idea del suicidio como homicidio la que David Foster Wallace describe con gran precisión y sentimiento en *Esto es agua*, el extraordinario discurso de graduación que pronunció en el Kenyon College en 2005. Foster Wallace admite que es una perogrullada afirmar que la mente es un magnífico sirviente pero un amo terrible. Pero aun así es verdad. Y esa es la razón, añade, de que la gente que se suicida con armas de fuego lo haga de un tiro en la cabeza en vez de en el corazón”. A pesar de estas líneas nuestro autor se suicidó ahorcándose en el patio de su casa de California, víctima de una depresión y de mucho más que una depresión al punto de que quien fue su mejor amigo, Jonathan Franzen, lo describió como “prisionero en la isla de sí mismo”.

Para terminar, una breve referencia a otra cita de Critchley, el libro *Suicidio* de Edouard Leve, rescatado entre nosotros apenas el año pasado por Eterna Cadencia. Si bien el libro es del año 2008, rápidamente alcanzó el estatus de “clásico”; Graciela Speranza lo resume de manera efectiva y magistral: “Un amigo de juventud sale de su casa con su mujer para ir a jugar al tenis, pretexto haberse olvidado la raqueta, vuelve a la casa, baja al sótano y con un fusil cuidadosamente preparado se pega un tiro en la cabeza”; Leve entrega a su editor un retrato de 93 páginas de un joven suicida pocos días antes de ahorcarse a los 42 años. Critchley lo analiza siguiendo la línea de aquellos que eligen la vía del suicidio porque sí, simplemente porque desean morir, según el “la cuestión más aterradora de todas... Se trata de un asunto más inquietante porque implica que alguien como nosotros, alguien que, digamos, es un neurótico vulgar y corriente, peor que no sufre ninguna enfermedad terminal o depresión clínica, pudiera también quitarse la vida, aquí y ahora”.

Terminamos este comentario como Leve termina su libro: “La felicidad me precede/La tristeza me sigue/La muerte me espera”. ■